

MAN
DRÁ
GORA

COMUNICAÇÕES

La masculinidad como una construcción imaginaria: reflexiones para ayudar a reencantar nuevas maneras de ser masculino

*Francisco Reyes Archila**

RESUMEN

Dentro de la complejidad del fenómeno de la masculinidad, lo importante no es sólo constatar los roles asignados a los varones o las relaciones asimétricas que se dan entre mujeres y hombres en una sociedad patriarcal como la nuestra, con las consecuencias que nos trae tanto para unos como para otras, sino profundizar, primero, *en las causas y los mecanismos que en el orden de lo imaginario simbólico producen y reproducen la masculinidad*. Y, segundo, mostrar caminos desde lo imaginario que hagan posible la vivencia de otra masculinidad más humana y humanizadora, por una parte, como *una* de las tantas concreciones utópicas, y por otra como uno de los surcos que atraviesan la cotidianidad. Para lograr este propósito se intenta, en la medida de las posibilidades, entrecruzar dos caminos de reflexión que muchas veces han corrido paralelos. Un camino es el de las reflexiones sobre masculinidad, el otro las reflexiones sobre imaginación e imaginario. Se comienza planteando una reflexión sobre la imaginación, su estatuto epistemológico en el pensamiento occidental y su relación con la

Teólogo colombiano, con una maestría en Biblia. Trabaja actualmente como coordinador y docente de la Facultad de Teología de la Universidad Rafael Landívar del campus de Quetzaltenango, Guatemala. Ha incursionado en el campo de la masculinidad desde hace varios años, especialmente desde una perspectiva teológica y bíblica, escribiendo sobre el tema, acompañando talleres con grupos de varones. E-mail: farchila@url.edu.gt.

masculinidad. El rechazo de la imaginación ha sido también el rechazo a la corporalidad concreta en nombre de una corporalidad abstracta. En un segundo momento se desarrolla el tema de los imaginarios sociales como columnas vertebrales que sostienen la construcción de la masculinidad dominante. Ya posteriormente se va desplegando y concretando la reflexión en otros dos temas como son los órdenes simbólicos y las estructuras imaginarias. En la parte final del artículo se plantea, a partir de las funciones de la imaginación, creatividad, negación y eufemización, la posibilidad de construir nuevos imaginarios de lo masculino instituyentes o estructurantes, que sobrepase a lo masculino real, estructurado o instituido. Pero comprendido siempre como *un* "específico posible" dentro de un marco mayor de lo posible.

Palabras clave: Masculinidad; Género; Imaginación; Imaginario; Órdenes simbólicos; Estructuras imaginarias.

A masculinidade como uma construção imaginária: reflexões para ajudar a reencantar novas maneiras de ser masculino

RESUMO

Dentro da complexidade do fenômeno da masculinidade, o importante é indicar não somente os papéis atribuídos aos homens ou as relações assimétricas que ocorrem entre mulheres e homens em uma sociedade patriarcal como a nossa, com as conseqüências que isso traz tanto para uns quanto para outras, mas aprofundar, primeiramente, as causas e os mecanismos que na ordem do imaginário simbólico produzem e reproduzem a masculinidade. E, em segundo lugar, mostrar caminhos a partir do imaginário que tornem possível a vivência de outra masculinidade

mais humana e humanizadora, por um lado, como *uma* das conexões utópicas, e, por outro, como um dos sulcos que atravessam a cotidianidade. Para atingir esse propósito, tenta-se, na medida do possível, entrecruzar dois caminhos de reflexão que muitas vezes correram paralelos: um, o das reflexões sobre masculinidade; o outro, o das reflexões sobre imaginação e imaginário. Começa-se propondo uma reflexão sobre a imaginação, seu estatuto epistemológico no pensamento ocidental e sua relação com a corporeidade concreta em nome de uma corporeidade abstrata. A rejeição da imaginação tem sido também a rejeição da corporeidade concreta em nome de uma corporeidade abstrata. Em um segundo momento se desenvolve o tema dos imaginários sociais como colunas vertebrais que sustentam a construção da masculinidade dominante. Depois se procura desvelar e concretizar a reflexão sobre outros dois temas, quais sejam as ordens simbólicas e a estruturas imaginárias. Na parte final do artigo se delinea, a partir das funções da imaginação, da criatividade, da negação e da eufemização, a possibilidade de construir novos imaginários do masculino, instituintes ou estruturantes, que superem o masculino real, estruturado ou instituído, mas compreendido sempre como *um* “específico possível”, dentro de um quadro maior do possível.

Palavras-chave: Masculinidade; Gênero; Imaginação; Imaginário; Ordens simbólicas; Estruturas imaginárias.

Masculinity as an Imaginary Construction: reflections to aid in the re-enchantment of new ways of being male

ABSTRACT

Within this complexity of the phenomenon of masculinity, the important thing is not only to point out the rolls assigned to men or the asymmetric relations that occur among women

and men in a patriarchal society like ours, with the consequences which this brings to both of them, but analyze, first, the causes and the mechanisms that produce and reproduce masculinity in the order of the symbolic imaginary. And second, to show ways from the imaginary that allow the living of a different masculinity, more human and humanizing, on one hand, as one of so many utopical concretions, and on the other hand one of the furrows that cross our daily life. In order to reach this goal we try, as far as possible, to intercross two ways of reflection that often have run parallel. One way are the reflections on masculinity, the other way are the reflections on imaginary and imagination. We start with a reflection on the imagination, its epistemological statute in the occidental thought, and its relation with masculinity. The rejection of the imagination has been also the rejection of a concrete corporality in the name of an abstract corporality. In a second moment, we develop the subject of the social imaginaries as the dorsal spines that maintain the construction of the dominant masculinity. Afterwards we unfold and explicit the reflection on other two subjects, the symbolic orders and the imaginary structures. In the final part of the article we consider, from the functions of imagination, creativity, negation and euphemisation, the possibility of constructing new institutive or structuring imaginaries of masculine that reach beyond the real structured or instituted masculine. But always understood as a “possible specific” within a greater frame of what is possible.

Keywords: Masculinity; Gender; Imagination; Imaginary; Symbolic orders; Imaginary structures.

Introducción

Un primer aspecto importante que hay que dejar claro cuando se aborda el tema de la masculinidad es comprenderlo como *un* “específico posible” dentro de un marco mayor de lo posible. Es el intento de desplegar lo imaginario en lo cotidiano

y en lo específico de las relaciones de género, ensanchando sus horizontes y amplificando, en definitiva, el sentido de la existencia como varones en el contexto social más amplio. En otras palabras, es el esfuerzo por plantear la necesidad de vivir la masculinidad de otra manera a como en realidad se nos impone vivir, es el anhelo por reencantar la experiencia de ser varones, inventar otras posibilidades de lo real masculino, abrir nuevos caminos en una sociedad patriarcal y plantear finalmente nuevas prácticas.

La exploración de lo posible como alternativa a lo real, una de las características de lo imaginario, persiste en las diversas concreciones utópicas actuales, aunque, en efecto, bajo una figuración bien diferente a la gestada en la época moderna (Carretero, 2005, p. 17), de esquemas establecidos y transmitidos a largo plazo, como es el caso de los mitos, las religiones o las utopías sociales. Estas concretizaciones, diversidades o especificidades de lo posible hacen parte de un entramado mayor de lo general posible. Es decir, la construcción de una nueva masculinidad como exploración de lo posible específico es *un aspecto* de una exploración mayor que es la construcción de una nueva sociedad, pero también es su condición de posibilidad debido a que la dominación masculina es parte intrínseca (muchas veces invisibilizada) de una enajenación mayor, o incluso, la matriz de todas las dominaciones. Pues "no podemos ver la masculinidad como un objeto aislado, sino como aspecto de una estructura mayor" (Connell, 1997, p. 31).

Por otra parte, también se puede afirmar que

el género también está en el tiempo-espacio imaginario, en cómo imaginamos nuestras instituciones, en los ritos para garantizar su existencia, en los mitos y creencias culturales más profundas; de hecho, está en nuestra idea misma sobre el origen de la vida (Garda, 1998, p. 181).

Y esto se puede aplicar en concreto al género masculino. Es por esto que hay que ver "lo masculino" más allá

del individuo hombre, específicamente de su cuerpo y sus actos, pero nunca del pene. De esta forma, propondría que las instituciones de la modernidad

deberían ser vistas como masculinas debido a que van más allá del poder fálico del individuo hombre, pero mantienen una relación simbólica con él. (...) existe una identificación entre pene y poder (Garda, 1998, p.183).

El otro elemento importante a la hora de abordar un tema como el de la masculinidad es la consideración de los presupuestos epistemológicos que usamos, por que influye en la manera como apprehendemos la realidad que nos interesa. Por esta razón, en una primera parte de nuestro trabajo, intentaremos hacer una revisión crítica de los presupuestos epistemológicos desde donde estamos reflexionando el tema.

Quiero explicitar como base o punto de partida, generalmente aceptada en los estudios de género y en específico en los de masculinidad, algunos presupuestos o conclusiones iniciales:

1) Comprendo por masculinidad la(s) manera(s) como la sociedad y las personas dentro de ella, fundamentadas en la diferencia sexual, "imaginan" lo que es o debe ser el varón (imaginarios sociales) y las relaciones sociales que se establecen a partir de allí, constituyéndose en una manera de comprender y organizar la sociedad en sus múltiples espacios o ámbitos (institución). Además sería la manera como ese imaginario se interioriza, se somatiza y se concreta en los actos cotidianos, en las costumbres y ritos (tanto en las prácticas sistémicas y no sistémicas).

2) La masculinidad es el resultado de una construcción socio cultural.

3) Los mecanismos de producción, socialización y reafirmación de la masculinidad son más sutiles, inconscientes y arraigados (en nuestros comportamientos y hábitos cotidianos como en nuestras propias maneras sociales y personales de comprender o imaginar el mundo) de lo que habíamos pensado o sospechado hasta ahora. Apenas estamos empezando a intuirlos, a ver las manifestaciones de una realidad muy profunda que escapa, en muchos casos, a nuestra conciencia y voluntad.

4) La masculinidad como un concepto relacional (Connell, 1997, p. 32). La construcción y socialización de la masculinidad tiene que ver con la manera como la sociedad (y en particular los varones) se *imagina* (imaginarios sociales) lo que

debe ser un varón, en términos de identidad, competencias, roles etc. Pero la construcción de esta imagen sólo es posible en íntima relación o contraste con la *imagen* que se construye de la mujer.

5) La masculinidad como un fenómeno muy complejo, paradójico y conflictivo (Kaufman, 1997, p. 66, 73-75). Por una parte, por la relación de la misma con otras dimensiones como edad, clase social, etnia. De ahí, "no existe una masculinidad única, ni una única experiencia de ser hombre. La experiencia de distintos hombres, su poder y privilegio real en el mundo, se basa en una variedad de posiciones y relaciones sociales" (Kimmel, 1997, p. 74). De ahí que sea obvia la referencia a "masculinidades" o "masculinidad hegemónica" y no simplemente a masculinidad. Por otra, la relación que se da entre masculinidad y otras dimensiones de la vida humana como la economía, la política, hace que precisamente el tema de la masculinidad sea muy complejo.

6) Ya más referido al ámbito epistemológico, la necesidad de reivindicar y profundizar en el sentido de la imaginación como una mediación epistemológica y pedagógica en orden a aprehender el mundo que nos rodea y en concreto la manera como social y personalmente imaginamos lo que es la masculinidad. El desafío es crear otras imágenes posibles de una masculinidad más liberadora y humana. Es el reto de reconciliar la imaginación con nuestro ser y hacer como varones.

1. La imaginación y masculinidad¹

Llamamos imaginación a la capacidad y al proceso de crear, recrear, re-presentar y transmitir

¹ Esta reflexión sobre la imaginación como mediación para comprender o aprehender la realidad tiene sus antecedentes en un artículo aparecido en la revista *Ribla* y la investigación (inédita) que realizamos en 1998 en el taller de investigadores invitados del DEI, titulada "El papel de la imaginación y del imaginario en la elaboración, transmisión e interpretación de los textos bíblicos, a partir de los llamados relatos de la infancia en el evangelio de Mateo". En ese tiempo ya estábamos haciendo nuestras primeras reflexiones sobre masculinidad, pero sin relacionarla con el campo anterior. Ahora, queremos dar un paso más al intentar relacionar la imaginación y el imaginario a la misma construcción de la masculinidad. Es la hora de cruzar los dos caminos.

imágenes y, por tanto, significaciones, "que trascienden lo perceptible, lo propiamente sensible. Por el contrario, produce y sugiere imágenes ausentes de *facticidad*, carentes de realidad objetiva, e incluso llega a elaborarlas con un contenido imposible de representar" (Carretero, 2005, p. 3). Por una parte, se comprende como una *facultad* o una estructura originaria, como una "matriz" de imágenes, que le permite al ser humano aproximarse y apropiarse de lo real y al mismo tiempo crear lo irreal mismo (Castillo, 1994, p. 189), es decir, trascender la realidad. En otras palabras, lo imaginario es un elemento arquetípico y, por tanto, consustancial tanto al ser humano como a la cultura (Carretero, 2005, p. 13).

Pero por otra parte, la imaginación también puede ser considerada como un *proceso* que transmite y canaliza las percepciones interiores. En otras palabras, la imaginación es

una apertura del espíritu a la libertad de imágenes de tal modo, que inmerso en el mundo de los imaginarios, el hombre pisa un suelo fecundo donde puede extraer nuevas ideas, nuevos objetos y, sobretudo, nuevos modos de percibir el mundo. La imaginación creadora opera como una especie de rectificación de lo cotidiano. Y tal cosa parece esencial a las artes y a las ciencias (Jiménez, 1992, p. 54).

Imaginar es entonces concebir que las vacas hablan, que los elefantes vuelan, que la iguana toma café, que el lobo es malo, que el león es el rey de la selva, que los árboles lloran, que la mujer está hecha para ser esencialmente madre, que el norte está arriba y el sur abajo, que los niños son el futuro del mundo, que el libre mercado va a ser la mejor manera de redistribuir la riqueza, o que Estados Unidos está llamado a ser el salvador del mundo. También es concebir que el varón no llora, que él por naturaleza es superior a la mujer, que le corresponde ser el proveedor de la familia, que puede controlar sus emociones, o que estar en lo alto es más importante que estar abajo.

Es necesario entonces reconocer que la imaginación es tanto una facultad creativa, connatural o innata del ser humana, como un "contenido" construido o aprendido, y que como tal

es constitutiva de la existencia del ser humano como persona y como sociedad. Sin embargo, la historia del pensamiento social occidental no ha sido otra cosa que

la lucha del espíritu contra la irrupción de la metáfora en el pensamiento, la lucha de la razón objetiva contra la ilusión subjetiva, lucha que paradójicamente nos aparece como una tarea de purificación del saber objetivo (...) mediante la rectificación constante del error proveniente de una imaginación presente en la historia del pensamiento (Castillo, 1990, p. 66).

La imaginación ha sido comprendida en la tradición filosófica occidental a lo más como una mediación epistemológica de segundo orden, como la maestra del "error", pero lo más común es que se considere como el "no ser" (donde el ser es la razón), como antagonica y contraria al espíritu de la modernidad (de la ciencia y del pretendido conocimiento "objetivo"), como una distorsión de lo real, o como un peligro para un pretendido "ascetismo intelectual".

De acuerdo con Carretero (2005, p. 2), desde un primer momento, en la filosofía griega, la imaginación no logró encajar con facilidad en las coordenadas de un modelo de pensamiento donde se privilegiaba sobremanera lo racional. Desde Aristóteles, cuando por vez primera se afrontará saber qué es la imaginación, se reconocerá la existencia de grandes dificultades para intentar ubicar su específico estatuto epistemológico y ontológico. En términos de Cornelius Castoriadis (apud Carretero, 2005, p. 2), la imaginación se escapa a la forzada identificación del *ser* con la *determinación* que acompaña a la ontología occidental desde Platón. Con posterioridad a Aristóteles, prácticamente toda la tradición teórica occidental, obsesionada por alcanzar como meta el rigor conceptual, considerará la imaginación como una forma devaluada de pensamiento que distorsiona y falsea la realidad y que no nos conduce hacia la verdad. Como ha insistido Gilbert Durand (1964, p. 24-67), el racionalismo cartesiano, más tarde el positivismo comteano, y finalmente las *hermenéuticas reductivas* de Sigmund Freud y Claude Lévi-Strauss,

proseguirán y prolongarán este programa intelectual ya alumbrado en los cimientos del pensamiento occidental.

Si comprendemos la metáfora como una expresión asociada propiamente a lo femenino, por la correlación que se da al asociar la razón a los varones, la lucha del espíritu en el pensamiento occidental se puede resumir también como una lucha contra la irrupción de lo femenino. A los varones se nos ha vinculado en esta lucha como los paladines de la razón y del saber objetivo. Lo que implica también el ejercicio de reprimir la imaginación. Intentar recuperar la imaginación como una mediación con un estatuto epistemológico en igualdad al de la razón, es también parte de nuestra lucha por recuperar lo más auténtico de nuestra condición humana de varones.

La negación de la imaginación es la negación también de la corporalidad concreta y viviente (de lo afectivo, emotivo, los deseos, las necesidades). Entre otras razones, porque desde Descartes, la imaginación ha estado ligada a la consideración de lo material y de lo corporal, como inicio de la existencia del cuerpo (Jiménez, 1992, p. 162). La negación de la imaginación (del "yo imagino") es entonces una negación de la subjetividad humana, de lo *culturalmente* considerado como femenino e infantil, en nombre de la razón (del "yo pienso") y del conocimiento "científico y objetivo". La negación de la imaginación empobrece y mutila nuestra común condición humana de la que hacemos parte los varones.

Se comprende así el hecho de que la negación de la imaginación esté relacionada con el rechazo de la corporalidad concreta en nombre de una corporalidad abstracta (que sería el *cogito*). La corporalidad concreta (el concreto subjetivo) es comprendida como un elemento distractor y un obstáculo epistemológico. La ciencia se construye desde un pretendido sujeto anónimo, abstracto, impersonal y desligado de las vivencias y necesidades concretas. "Lo que no cabe dentro del ámbito del *cogito* por lo pronto, no es. El sujeto que se piensa como tal sin la necesidad de ninguna otra facultad, pero ninguna facultad se puede concebir sin referencia a una sustancia pensante" (Jiménez, 1992, p. 62).

Si hablamos en términos de género, este sujeto indudablemente se identifica más con el varón aunque sea en términos abstractos e impersonales, en la medida que imagina e identifica el *cogito* como una característica esencial de los varones. Se hace evidente en este momento de la reflexión, que en nombre de este sujeto abstracto masculinizado de la modernidad, se niega *también* nuestra corporalidad concreta, real, personal como varones y nuestras necesidades comunes de todo ser humano como la afectividad. En este sentido no es sólo una negación de lo que culturalmente se ha considerado femenino, sino como una negación de lo masculino concreto, real y personal en su multiplicidad de manifestaciones.

El desafío tiene que ver con una reconsideración del sujeto masculino concreto y real, en el sentido epistemológico, al estilo de una revolución tipo copernicana que supere definitivamente el señorío del *cogito* y plantee una manera de aprehender el mundo de una manera más integral y holística donde el "yo imagino" tenga igual grado de validez. Pero también *debemos*, como un imperativo ético, relacionar y plantear en términos de género al considerar la corporalidad concreta, real y personal como una realidad sexuada con una rica diversidad de matices, donde pueden considerarse una variedad de formas de vivir la masculinidad. Este desafío tiene que ver entonces con la construcción una sociedad más humana, a nivel social como personal.

No se trata ahora de una nueva lucha del espíritu, esta vez, contra la razón o una lucha de la imaginación simbólica *contra* la ilusión objetiva o de una lucha de lo femenino contra lo masculino. Se trata, al contrario, de la recreación de un nuevo imaginario o una nueva racionalidad que reconozca la importancia de la imaginación como una nueva mediación teórica y práctica que nos ayude a reconstruir un mundo más humano y, en el caso que nos corresponde, una masculinidad más humana y humanizadora.

Cuando se habla de la negación de la imaginación en la tradición filosófica de occidente se plantea en el sentido epistemológico (como mediación constitutiva y fundamental del

conocimiento de la realidad) y no tanto en el sentido ontológico. Es evidente que no se puede prescindir de la imaginación en el acto de aprehender la realidad. En la misma constitución de la ciencia o en el mismo origen de la modernidad está presente la imaginación, aunque sea de manera subordinada, invisibilizada, ya sea que no se reconozca o simplemente no se admita su papel en la construcción de la modernidad.

Si tenemos en cuenta que "la modernidad se ha caracterizado por ser un ordenamiento dicotómico del mundo basado en una epistemología binaria, entendida como categoría perceptual-cognitiva que ubica los objetos en pares opuestos -sujeto/objeto, varón/mujer etc." (Abarca, 1999, p. 3), la reivindicación de la imaginación como parte de una racionalidad más integral es un aporte a la superación de estos ordenamientos dicotómicos, entre ellos el de varón/mujer, trayendo como consecuencia un crecimiento en humanidad para todos los seres humanos (Gl 3, 28).

Es tiempo de recuperar la imaginación como mediación epistemológica fundamental a la hora de crear nuevas maneras de ser y de hacer de los varones. Pues

una idea distinta de la naturaleza corporal sólo puede darse por la imaginación y ésta, a su vez, sólo puede darse en tanto se conciba la probabilidad de los cuerpos. Pero de una idea distinta de lo corporal y de la realidad de la imaginación no se sigue con necesidad la existencia de algún cuerpo (Jiménez, 1992, p. 163).

2. Imaginarios y masculinidad

La recuperación de una masculinidad más humana y humanizadora está entonces en relación directa con la recuperación del estatuto epistemológico de la imaginación. Pero, dando un paso más, es importante plantearse la relación entre imaginación e imaginario, sobretodo cuando se habla de masculinidad.

Cuando se habla de imaginario se hace referencia a la manera como la imaginación, por su propia dinámica constitutiva, desborda el plano meramente personal y se explicita como un

mecanismo que cohesiona, da sentido, sostiene y dinamiza la estructura social. Pero es más que un salto "dialéctico" como fruto únicamente de una exigencia externa. En su propia constitución la imaginación tiene la capacidad de trascender de lo mero personal a lo social. El imaginario, en este sentido es una "intra-subjetividad trascendental" por decirlo de otra manera.

Pero, por otra parte, el imaginario por su propia realidad sólo puede emerger y representarse a través de la imaginación. Esta viene a ser como su forma de existencia, pues el imaginario no existe propiamente en el modo de una representación. Imaginación e imaginario son parte de una misma realidad. La primera se refiere más a la manifestación personal y de la representación (del símbolo o del significante), mientras el segundo se refiere más a lo colectivo y a lo representado (de lo significado).

Jiménez Matarrita (s. f., p. 11) comentado la riqueza analítica del imaginario en Castoriadis, afirma que

lo imaginario no es como en cierto tipo de análisis marxista, una forma de ocultamiento de la realidad, sino una condición de existencia de este. Lo imaginario no es falsa conciencia, o ideología o falso ocultamiento o puro mecanismo de dominación. Tampoco es como se entiende en el habla común: un invento absoluto (Una historia imaginada) o un deslizamiento de sentido en que unos símbolos son investidos con significaciones que no son los normales. (...) El imaginario es un poder de significación central en la vida de las individuos y las sociedades,

El imaginario es la reconstrucción simbólica o la trama inmensamente compleja de significaciones centrales o bienes simbólicos que empapan, orientan y dirigen la vida de una sociedad considerada y los individuos concretos que corporalmente la constituyen al crear, recrear y a poner en circulación horizontes éticos, estéticos y simbólicos según los cuales una sociedad y las personas dentro de ella se identifican y autocomprenden (Jiménez, s. f., p. 3). Se llaman imaginarias a estas significaciones porque no corresponden a elementos "racionales" o "reales" (comprendida como materialidad pura), sino como

una "abstracción visual y lingüística" (Pross, 1983, p. 22) que está dada por creación. Sociales, porque sólo existen cuando son instituidas y siendo objeto de participación de un ente colectivo impersonal y anónimo, con pretensión de validez y eficacia. Adquieren *validez* social precisamente a través del lenguaje y la imagen (imaginarios), validez que fundamenta a su vez la eficacia (Pross, 1983, p. 22). Es por esto, que el imaginario es condición de posibilidad y a la vez un elemento constitutivo de simbolismo y la funcionalidad de los sistemas sociales.

También es cierto que no hay una sólo forma como la sociedad se "imagina" a sí misma. Hay un sinnúmero de imaginarios que en la práctica se entrecruzan creando una realidad muy compleja y en muchos casos conflictiva. El imaginario no es una realidad pura, indeterminada o estática. Sin embargo, se puede hablar de imaginarios "predominantes" o "hegemónicos" que determinan una manera "oficialmente" aceptada de auto-imaginarse. De ahí que se puede hablar de la masculinidad tradicional como un modelo hegemónico (Abarca, 1999, p. 3).

Cuando se habla entonces de masculinidad, se comprende como tal la manera como social y personalmente se "imagina" que es o debe ser un varón. Y que lógicamente se materializa en la medida en que son introyectados por las personas, en que se somatizan y en la medida en que se constituye en parte intrínseca de los horizontes de comprensión de la realidad y de la constitución de la institución social. Lo que se llama masculinidad sería entonces una trama inmensamente compleja de significaciones que empapan, orientan y dirigen la vida *especialmente* de los varones, y que afectan también a las mujeres.

La importancia del planteamiento de la masculinidad como una construcción imaginaria y lo que esto implica en la vivencia práctica de la masculinidad radica en varios aspectos. El primero, cae por su mismo peso aquella idea, muy arraigada en el imaginario común, que pretende ver la masculinidad como una realidad natural ("los varones nacemos y somos así") real, normal, evidente, obvia, indemostrable, irrefutable o inevitable. Segundo, que, así como dentro de una

sociedad puede haber un sinnúmero de maneras de imaginarse, así también cuando nos referimos a la masculinidad es indispensable hacerlo en plural. Hay diversas maneras de imaginarse como varones. Tercero, hay que comprenderla como un sistema complejo en las que se cruzan una variedad de significaciones (igualmente imaginarias) que están determinadas por la edad, la sexualidad, la cultura, la posición económica, las creencias religiosas (Kaufman, 1997, p. 74). Cuarto, que es posible construir nuevas significaciones, con sus correlatos prácticos, sobre nuestra condición y actuar como varones.

3. Los órdenes simbólicos y las imágenes dominantes de la masculinidad

Una de las conclusiones a las que se ha llegado en los estudios de género es la consideración de la masculinidad como una *construcción simbólica* que tiene su fundamento en las diferencias biológicas entre lo masculino y lo femenino, es decir como una división sexual del trabajo². Se plantea como esa diferencia fundamental se ha constituido en diferencia semántica y ética. Ahora, lo que se quiere enfatizar en coherencia con lo que se ha planteado anteriormente sobre la imaginación e imaginario, es en la necesidad de reconocer que el significado cultural que las sociedades le han dado a los órganos sexuales es un significado imaginado. En otras palabras, esta diferencia biológica, además de simbólica, es *imaginada* como una muestra de la superioridad de los varones con relación a las mujeres. De esta manera se imagina y se constituye el poder masculino dominante, aunque este poder, como afirma Kaufman (1997, p. 63) está viciado, es decir marcado paradójicamente por el dolor, el aislamiento y la alienación tanto de las mujeres como de los varones.

El dominio del varón está suficientemente bien asegurado como para no necesitar justificación, sólo se limita a ser y a manifestarse en todos los espacios y aspectos de la cultura y del cuerpo (Bourdieu, 1998, p. 16).

Al comprender la masculinidad como una construcción imaginaria, la diferencia biológica fundamental entre el varón y la mujer, con su carga de significación, adquiere necesariamente una importancia crucial, para el ejercicio del dominio masculino. Lo que nos interesa en este punto es la pregunta por la manera como se constituye el imaginario masculino hegemónico, por tanto la misma dominación, y como se convierte en una experiencia atravesada por el dolor y la enajenación.

Los imaginarios sociales se expresan o se desdoblan en órdenes simbólicos³ o estructuras imaginarias colectivas (en el mismo nivel de las significaciones), es decir, en un *conjunto de significaciones materializadas* en símbolos, expresiones, valores, leyes preconceptos o normas (o códigos culturales), implícitos o explícitos, institucionales o no, que se estructuran u organizan alrededor de algunas relaciones fundamentales. No sobra insistir que estas estructuras expresan en una forma más concreta la manera como la sociedad se imagina a "sí misma", pero también la manera como *regula y le da sentido* a la experiencia que se tiene de la realidad.

La "oposición" entre lo masculino y lo femenino, basada en la división de las cosas y de las actividades, se constituye fundamentalmente a partir de un sistema de oposiciones antagónicas y conflictivas (Bourdieu, 1998, p. 19-20) u órdenes simbólicos: arriba/ abajo, adentro/ afuera, orden/ caos, establecidos y valorados desde el punto de vista masculino. Es propio del varón lo "alto", lo de "adentro" y el orden. El primero se identifica con el poder sea este económico, social, político o

² Vamos a seguir en este punto el análisis de Pierre Bourdieu sobre la dominación masculina. Pero queremos colocar un énfasis propio al plantear la masculinidad como una construcción imaginaria y no tanto simbólica, entre otras razones porque el imaginario es condición de posibilidad del símbolo. En este sentido, hablar de imaginación e imaginario permite ir más al "fondo" del tema.

³ Esta noción de orden simbólico es inspirado en el libro de Ched Myers, *O evangelho de São Marcos*, y en el de Harry Pross, *La violencia de los símbolos sociales*, y nos ha servido como un modelo metodológico clave en la comprensión de la misma construcción de las estructuras simbólicas de la sociedad y en el desarrollo de talleres sobre masculinidad. En la práctica se ha ido enriqueciendo y ampliando este modelo.

militar, el segundo con lo público y el tercero con la ley. A la mujer le corresponde lo opuesto.

Se puede comenzar desarrollando un poco más la existencia de una primera relación planteada en términos de arriba-abajo a la que se puede llamar de orden simbólico de jerarquización, a partir del cual se define, se da sentido y se reproduce el poder social (Myers, 1992, p. 101). Este orden simbólico regula a través de leyes, normas, símbolos, valores o preconceptos fundamentalmente (lo que se puede llamar como códigos culturales) el acceso al poder social, económico, político y religioso.

Esta relación arriba-abajo, que se puede expresar también en términos de alto- bajo, grande-pequeño, adelante-atrás, es comprendida y expresada de una manera valorativa. Normalmente lo que está arriba es imaginado con poder y por tanto como superior y más importante, mientras lo se encuentra "abajo" es imaginada como el no poder, lo inferior y lo menos importante.

La diferencia biológica socializada (o diferencia social naturalizada varón-mujer) es *imaginada* a partir de la relación arriba-abajo y por tanto se valora en términos de poder/no poder, superioridad/inferioridad. A partir de esta relación fundamental se busca dar sentido y regular las relaciones entre varones y mujeres. Esta valoración imaginada es la manera como se justifica las relaciones asimétricas como algo "natural", hasta el punto de convertirse en algo con la *pretensión* de real, normal, evidente, obvio e inevitable. Cuando se habla de imaginada, se quiere colocar el énfasis en que estas diferencias sociales "naturalizadas" son el resultado de una *construcción imaginaria* y por tanto arbitraria, creado a lo largo de la historia de la humanidad, fundamentada en la autoridad de la tradición y de la ley.

La segunda relación se plantea en términos valorativos de dentro-fuera. Se puede llamar de orden simbólico del peligro o del tabú, el cual busca mantener los límites del grupo (Myers, 1992, p. 101). Este orden simbólico regula a través de los códigos culturales el acceso y la apropiación de los espacios interiores o exteriores debidamente demarcados o de lo que Harry Pross (1983, p. 44) llama "campós". En esta lógica se mueve la

relación claro/oscuro con sus correlatos reales como sol/luna por ejemplo.

Normalmente lo que está "adentro" es imaginado como más importante, mientras lo que se encuentra "fuera" es imaginado como menos importante. La diferencia biológica socializada (o diferencia social naturalizada varón-mujer) es *imaginada* a partir de esta relación dentro-fuera y por tanto *se valora* en términos de importante/no importante, lo que en la práctica es inclusión/exclusión. Al varón le corresponde la parte de "dentro" y por tanto atribuye la valoración de ser importante.

Ser varón en la sociedad patriarcal, es ser importante. Este atributo se presenta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es importante porque se comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino (Marqués, 1997, p. 17).

Mediante este orden simbólico los grupos humanos buscan definir su propia identidad y, al mismo tiempo, mantener sus propios límites frente a las posibles "amenazas" que vienen de afuera. Lo que está en juego, en este caso, es la posibilidad de acceso a un orden social. De igual manera, a la simbólica de la organización, las colectividades (pueblos, grupos o clases etc.) imaginan, valoran y establecen de forma diferente sus propios límites y los criterios para poder acceder, y pueden ir desde posiciones bastantes inflexibles hasta posiciones mucho más tolerantes.

A partir de esta otra relación fundamental se busca también dar sentido y regular las relaciones entre varones y mujeres. La mujer es asociada *imaginariamente* al espacio de lo interior y lo privado, paradójicamente desde el punto de vista masculino, espacios que no son importantes por estar fuera de los espacios que si se consideran importantes como son el espacio exterior (la calle por ejemplo) y lo público (el estadio, el campo de batalla etc.). De esta manera los varones imaginan, valoran y establecen sus propios espacios y sus propios límites (las condiciones que el varón debe cumplir para poder acceder a estos espacios masculinidad - al famoso Club de

Tobi) y los criterios para poder acceder o mantenerse en estos espacios.

Hallamos, por último, la simbólica del "contagio" (Myers, 1992, p. 101), por medio de la cual se busca ordenar y dar sentido social al universo de las cosas materiales (mantener el propio orden, frente al "caos" que viene de afuera), frente a otras colectividades "externas", puede ser con otros pueblos o con otros grupos al interior de un mismo pueblo o colectividad, mediante la relación "orden"- "caos". La forma de configuración social que expresa esta simbólica es la ley, comprendida en un sentido amplio. Esta es la que determina y regula las prácticas sociales con miras a mantener el "orden" social, a trazar los límites y evitar, por otro lado, la amenaza del "caos" externo. Este sistema simbólico está incorporado al sistema de valores que están organizados y expresados alrededor de las relaciones "puro" e "impuro" (o sistemas de pureza) y de las relaciones honor/vergüenza (sistema de patronazgo o clientelismo).

Normalmente el varón es asociado a la ley y el orden y la mujer al caos. Esa misma asociación es en si misma una estructura valorativa al considerar el orden como positivo y el caos como negativo o una amenaza que hay que evitar o combatir.

Todas las sociedades poseen estos tres sistemas u órdenes simbólicos (Myers, 1992, p. 101), pero también es cierto que en cada cultura se encuentra una manera propia de concretarlos, en la manera específica como ella está organizada, en la forma en que se establecen las relaciones intersubjetivas, que van desde las relaciones de pareja hasta las relaciones entre grupos sociales.

Los sistemas simbólicos de arriba/abajo, dentro/fuera, orden/caos en la práctica indudablemente se cruzan. En esta lógica, siguiendo los planteamiento de Pierre Bourdieu (1998, p.19) se puede resumir que los varones somos asociados *imaginariamente* a lo alto (poder), lo exterior (lo público), lo oficial (la ley); pero también en lo concreto a lo seco, lo discontinuo, a todos los actos breves, peligrosos y espectaculares. Mientras la mujer es asociada a lo bajo, lo interior, lo privado, lo húmedo, lo curvo, lo continuo, lo oculto, lo invisible o lo vergonzoso, a las tareas más monótonas, penosas, sucias y más humildes. Complementando lo anterior, Garda (1998, p. 181-182) afirma que

con respecto a la acción y al poder el género – en el primer caso – se encuentra en el sentido "activo" de la masculinidad y el "pasivo" de lo femenino. Por esto, los hombres comúnmente están "listos para la acción" en todos sentidos (laboral, sexual etc.) y las mujeres por lo general son construidas genéricamente como pasivas (por su lugar en el hogar, su poca individuación etc.).

Se trata entonces de una relación de orden antisimétrica regulada por la relación importante/no importante y que se desdobra en otras oposiciones valorativas (dualismos) como *significante/significado*, *forma/materia*, *propietario/proletario* o *adulto/niño*, en definitiva en el dualismo dominante/dominado. A la primera parte le corresponde lo masculino. "El hombre es sujeto (pone la forma) y la mujer objeto (pone la materia). La mujer es *materia* como *madre*. Hay una correspondencia entre las tríadas "papa/mama/nene" y "capital/terra/trabajo".

Estos órdenes simbólicos se concretan y complementan a partir de otras oposiciones que tienen relación con lo específicamente corporal/sexual: *pene/vagina*, *puro/manchado*, *duro/blando*, *derecho/revés*, *seco/húmedo*, *lleno/vacío*, *salado/dulce*, *adelante/atrás*, *derecha/izquierda*, *derecho/curvo*, *parado/acostado*. En este sistema de oposiciones el primer elemento es imaginado y, por tanto, valorado positivamente, mientras el segundo negativamente (como carencia). El dominio se constituye al imaginar y designar como "superior" al polo, dentro de los órdenes simbólicos, que se asigna a los hombres y como inferior al polo que se le asigna a la mujer. A esto se agrega el valor simbólico "positivo" que *imaginariamente* le damos a lo alto, a lo público y al orden, mientras a lo bajo, a lo de afuera – con relación la orden social – (paradójicamente identificado con lo privado e interior) y al caos se le da un valor "negativo" (amenaza, peligro, desorden, inferioridad).

Esta división imaginada se constituye en el fundamento desde el cual la sociedad, los grupos sociales, los hombres y las mujeres, imaginamos las relaciones sociales, las relaciones con el cosmos y las relaciones con Dios. Podemos hablar entonces del mito de la masculinidad, construido a partir de estas oposiciones fundamentales, y constituido

como el paradigma que sostiene y fundamenta la cultura patriarcal.

Siguiendo el planteamiento de Bourdieu (1998, p. 45-46), la combinación de estas oposiciones simbólicas engendra imaginariamente la oposición entre las partes nobles y públicas. La parte alta y pública (paradójicamente correspondiente al "exterior" del cuerpo), representada en el cuerpo (frente, ojos, bigote, boca, órganos de presentación del yo donde se condensa la identidad social, el honor social) y expresada en la estructura social, le corresponde exclusivamente al varón. Es comprensible así que la palabra (*logos*) y la razón sean monopolizadas exclusivamente por el varón. Mientras la parte baja y noble le corresponde a la mujer, lo que está "abajo" o "dentro", el deseo y los sentimientos. El varón le corresponde lo "exterior", lo objetivo (lo que tiene que ver con el poder, la palabra y la razón) y lo real, lo público. A la mujer le corresponde lo "interior", el corazón, el silencio, el deseo, el placer, la casa.

La diferencia que tiene su origen en el cuerpo se convierte entonces en una diferencia imaginada (ser una abstracción visual y lingüística), simbólica (semántica o de sentido y que se expresa en símbolos) y ética (el valor que se la asigna a estos símbolos). La cual a su vez se convierte en el "fundamento" simbólico para definir la división sexual del trabajo, inscribiéndola en el cuerpo y especialmente en los órganos sexuales. Convirtiéndose en un ciclo vicioso que esconde las verdaderas causas de la dominación. Así las funciones que cumplen (especialmente con relación a la reproducción) se convierten en los fundamentos para determinar la diferencia entre los sexos, y están predispuestos a simbolizar, en el caso de los varones, la virilidad, según los imaginarios simbólicos o los esquemas prácticos del hábito (Bourdieu, 1992, p. 37).

Es posible plantear una diferencia cuando se le da un significado valorativo (en términos de superior/ inferior) al cuerpo. En una visión dominante masculina del mundo (*falocéntrica*), es el *falo* el que adquiere indiscutiblemente un significado y un valor superior, convirtiéndose en el elemento que se va a servir para imaginar y determinar la "superioridad" e "importancia" del

varón frente a la mujer (Madrigal, s. f., p. 4). Se legitima así una relación de dominio inscribiéndola en lo biológico, que a su vez es una construcción, en el lenguaje de Bourdieu (1998, p. 39), social *biologizada*. Este valor que se le da a los órganos sexuales masculinos y los principios que se derivan de él (el pundonor, el valor, el honor etc.) se convierte en el capital simbólico.

La mayoría de ritos, de iniciación, de paso o de separación, tienden a reforzar estas diferencias imaginadas y simbólicas. Los ritos que involucran especialmente a los varones (el "hacernos hombres") buscan abolir las relaciones y los afectos con la madre, la tierra, la humedad, la noche y la naturaleza. Se trata de despojarse de aquello que socialmente se considera como femenino o infantil (*proceso de homosocialización o de virilización, pero paradójicamente de castración*) Pero lograrlo es necesario también huir, como afirma Kimmel (1997, p. 56), de la intimidad con otros varones (como repudio a la homosexualidad). A este deseo Kimmel lo llama de homofobia. En otras palabras, se trata de despojarse o suprimir todo aquello que interfiera o distorsione la búsqueda de la virilidad: el miedo, la debilidad, las emociones etc.

En este punto es clara la relación (y la mutua dependencia) que existe entre una visión masculina dominante del mundo y la dominación de la razón sobre la emoción, de la ciencia sobre el arte, de la economía de producción (en sí) sobre lo social, de lo individual sobre lo colectivo, de la ley sobre el ser humano. Esta *ilusión original*, como la llama Bourdieu (1998, p. 57), que es constitutiva de la dominación masculina, es el fundamento de todas las formas de dominación, es decir, de todas las formas de ilusión que se generan en todos los campos. En otras palabras, la diferencia biológica fundamental, se convierte en una diferencia simbólica y, al mismo tiempo, en una diferencia antropológica, ética, política y económica.

Las diferencias *imaginadas y simbolizadas* definen a la vez las competencias *reales* que le corresponde a cada sexo. La competencia es una especie de "destino" e "identidad" social que, a través de la ley, les asignan tanto a hombres como mujeres. Socialmente estas competencias son reconocidas y puestas en práctica (hábito) como

algo obvio o natural. Pero, al mismo tiempo, la sociedad facilita la propensión a adquirir la competencia técnica (habilidades, posturas físicas, disposiciones, deseos etc.) correspondiente y, por eso las posibilidades de poseerlas. Esta es una pretensión que no siempre se cumple. De allí viene la idea de *ilusión original*, y paradójicamente las frustraciones y el dolor. Esto también explica las dificultades que tenemos los hombres para asumir las competencias que la sociedad le asigna a la mujer (los sentimientos, lo interior, lo estético etc.).

Este reconocimiento imaginado, muchas veces inconsciente, de las diferencias, normalmente impone los límites entre las competencias asociadas a los varones y a las mujeres. Lo que excluye la posibilidad de la trasgresión, espontáneamente rechazada en el orden de lo impensable. Esto explica la razón por la cual el varón debe tener el control de la ley y su interpretación.

La competencia dominante masculina es entonces el resultado de una construcción social mediante un arduo trabajo de socialización (educativo) y reconocimiento (aceptación), tan indispensable como el que condiciona la competencia dominada de las mujeres. Por eso resulta difícil deshacerse de esas competencias. Una vez definidas y trazados los límites, se convierten y funcionan como un fundamento ley (institucionalización) que va a determinar todas las relaciones y comportamientos sociales.

Finalmente, las imágenes y competencias dominantes masculinas, como resultado de la combinación de los órdenes simbólicos, se fijan o configuran en arquetipos. Por arquetipos se comprenden aquellas imágenes subyacentes, ideales, paradigmáticas y universales, constitutivas y a la vez generadoras del inconsciente colectivo (matriz estructurada y estructurante) que modelan o estructuran los pensamientos y actitudes propias de cada individuo varón, de cada conjunto de cada sociedad, incluso de cada época o periodo histórico, a partir del cual se derivan otras tantas (arquetipos concretos). Son, en otras palabras "esquemas mentales, como mitos fundacionales que sostienen las vivencias de hombres concretos y como mandatos que todo hombre debe cumplir y que toda mujer espera que cobren vida en todos los

hombres" (Campos y Salas, 2002, p. 29). Los arquetipos masculinos que se mencionan entre otros están: el rico, el rey, el mago, el amante, el guerrero. Cada uno con unas características propias, con sus miedos, compulsiones, pero también con sus sombras y luces.

Algunas de las características de estas imágenes arquetípicas, con relación a la masculinidad, son:

- Pueden variar constantemente de una cultura a otra o de una época a otra. Pero mantienen un mínimo común de significación a través de la historia.
- Tienen sus luces y sombras. En su aspecto sombrío el arquetipo contiene sesgos negativos que tienden a definir y justificar lo que se ha llamado una masculinidad hegemónica con toda su cuota de dolor y enajenación tanto para varones como mujeres. En su aspecto luminoso los arquetipos pueden contribuir a la realización y transformación positiva del ser humano y en concreto del varón (crecimiento humano).
- Tienen profundas raíces emocionales: nos impresionan, influyen, fascinan. producen asombro y desconcierto cuando aparece en la consciencia.
- La identificación con los arquetipos es lo que permite hablar de "identidad" masculina, en la medida en que inconscientemente son asumidos por varones y mujeres. Esta identificación se inicia en las primeras etapas de nuestras vidas.
- Están presentes en todas las personas para afrontar la vida y que aparecen representadas a través de imágenes universales (cosas, símbolos, ideas, que tienen un carácter universal y que independientemente de la cultura o el tiempo)
- En sus contenidos específicos son socializados y aprendidos a través de las leyendas, historias, cultos y mitos de todas las culturas. Hoy en día por las películas, comerciales de TV, noveles etc.

4. Estructuras imaginarias y masculinidad

Hasta ahora se ha hablado de los imaginarios, de los órdenes sociales o simbólicos y, finalmente, de los arquetipos que definen el paradigma de una masculinidad dominante. Así como de las diferencias y competencias que se establecen a partir de los órdenes simbólicos de las imágenes arquetípicas. Pero es necesario dar un paso más. Se quiere ver la

manera como circula en el tejido de la vida social la trama de significaciones o imaginarios sociales expresados en los órdenes simbólicos. Pero tienen que ver con los niveles en que son "asumidos" y "asimilados" por las personas y las colectividades dentro de una sociedad.

Se llamará de estructura imaginaria a la manera como los grupos, sectores, clases sociales y especialmente las personas interpretan y reaccionan frente a los órdenes simbólicos y arquetipos predominantes a partir de sus propias experiencias. Son formas de comprender (cosmo - visión) de sentir (cosmo - sentimientos), de desear, de expresarse y por tanto de dar sentido a la realidad que están viviendo en un contexto histórico y cultural determinado (De La Torre, 1991, p. 14). La manera de reaccionar frente a esos órdenes simbólicos puede variar aún dentro de un mismo grupo o clase social. Por eso, las estructuras simbólicas, aunque pueden ser compartidas por colectivos, se expresan esencialmente a nivel personal. Esta reacción se puede darse simplemente como una asimilación pasiva (enajenación), como una recreación superficial (modificar sólo algunos aspectos), como apropiación o como confrontación.

Aunque la expresión "imaginario" se utilice en varios sentidos y con objetivaciones diversas (Jiménez, s. f., p. 14), cuando se habla acá de "estructura imaginaria" se busca expresar la capacidad de asimilar, crear o recrear (interpretar) significaciones socialmente aceptadas y expresarlas (representar) a través de imágenes (imaginación) tanto a un nivel personal (interiorización) como social. Estas significaciones puedan ser aceptadas, adaptadas y expresadas en símbolos asumidos colectivamente, pero se materializan en últimas en las mismas personas. Ambos niveles, personal como social, están mutuamente vinculados.

Se ha dicho antes que los órdenes simbólicos son ya un nivel de materialización de los imaginarios sociales a través de los códigos culturales (normas, leyes, valores, etc.) pero aún este nivel es ciertamente abstracto mientras estos no sean "asumidos" y vividos por los grupos sociales y por las mismas personas. Las estructuras imaginarias expresan un nivel mayor de concretización o materialización, sea a nivel

colectivo o personal, consciente o inconsciente. Pero indudablemente su mayor nivel de materialización se da a un nivel personal, que ya son niveles de interiorización y somatización.

Frente al orden de dominación masculina podemos identificar una variedad de estructuras imaginarias, Rodríguez Victoriano (s. f.; s. p.), plantea por ejemplo

cuatro posiciones que dan lugar a un amplio abanico de identidades masculinas. Las dos primeras posiciones, *la conversa* y *la perversa*, respectivamente están completamente dominadas por la razón falocrática y asumen los arquetipos masculinos dominantes con todo y sus sombras. Las identidades que se agrupan en torno a las dos últimas: *la reversa* y *la subversa* la ponen en cuestión tanto la razón falocrática como los arquetipos masculinos dominante, la primera mediante la denuncia radical de la injusticia que sostiene la razón masculina, la segunda poniendo en cuestión los fundamentos ideológicos de su dominación.

Y como complemento a estas dos últimas, es necesario poner las bases para la construcción de otro imaginario masculino (fruto de una imaginación creadora y trascendente), rescatando los aspectos luminosos de los arquetipos. Las dos primeras posiciones las podemos llamar patriarcales. Las dos segundas cuestionan el orden patriarcal proponiendo otro orden diferente (crítica subversiva imaginaria de la razón masculina-patriarcal).

Siguiendo básicamente esta variedad de las estructuras imaginarias masculinas, planteadas por Rodríguez Victoriano, encontramos la *identidad conversa* (*imaginario conversa*) que se pliega e identifica plenamente con el orden falocrático y los arquetipos dominantes, los asimila y los asume sin fisuras, sin cuestionarlo y trata de mejorarlos. Es una identidad tradicional, pre-moderna, patriarcal e integrista. Siguen siendo una fuente inagotable de violencia física y psíquica ejercida contra las mujeres, y contra los mismos varones.

La segunda posición, la *identidad masculina perversa* (*imaginario perverso*), es la dominante en las sociedades occidentales del capitalismo de consumo, parece negar las diferencias entre hombres y mujeres sosteniendo su presunta

igualdad pero en el fondo las confirma. En el paso del capitalismo neoliberal la igualdad formal se torna la fuente de toda legitimidad social. Es una igualdad virtual ante la ley y ante el mercado, pero acaba presentándose como una igualdad real capaz de ocultar las desigualdades realmente existentes. La realidad social nos muestra que hay algunos que son más iguales que otros y otras. En efecto, la igualdad en nuestras sociedades se traduce para la mayoría de las mujeres en una dominación encubierta en una condición masculina de segunda mano: doble jornada, mayor tasa de paro y mayor precariedad laboral

Las posiciones reversas y subversas (imaginarios masculinos reversos y subversivos) parten del cuestionamiento a la injusticia de la dominación masculina y ponen en evidencia sus fundamentos ideológicos y, para ser coherentes con lo que se viene afirmado, con los imaginarios sociales que la justifican. Buscan la subversión imaginaria de la razón masculina. No se trata de que el orden masculino sea menos poder, ni que sea otro poder, se trata de ir disolviendo ese poder. Se trata, como afirma Rodríguez Victoriano, de una transmasculinidad dialógica que vaya más allá de la lógica binaria de la contradicción entre los géneros. Se trata de una posición consciente de su dimensión política que busca integrar las políticas por la igualdad y la redistribución socioeconómica con las políticas por el reconocimiento de género, étnico, nacionalista etc.

Estas estructuras imaginarias de lo masculino expresan los niveles de interiorización de esos órdenes simbólicos, que se mueven entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo personal y lo colectivo, entre lo "sagrado" y lo "profano". En el cuerpo se expresan esos mismos órdenes simbólicos, es un nivel de "somatización". Incluso, hay una correlación y una influencia muy estrecha y dialéctica entre las estructuras simbólicas, los hábitos (respuestas prácticas) y la expresión corporal o somática. Es la correlación que existe, antropológicamente hablando, entre lo "interior" y lo "exterior", la subjetividad y la corporalidad.

Cuando las personas o grupos dentro de una sociedad asimilan y asumen, consciente o inconscientemente, como propios los órdenes

simbólicos socialmente disponibles y los interioriza, se puede hablar por una parte de estructuras mentales o imaginarias, que permiten darle sentido a la realidad, como es el caso de los imaginarios converso y perverso y de sus arquetipos correspondientes. En el lenguaje de Bourdieu (1992, p. 26, 30, 38), se puede decir que este primer nivel de asimilación es el "habitus" es decir, esquemas constitutivos (fundamento indiscutido o matriz) y a la vez generadores, estructurados y estructurantes, que permiten, por una parte, aprehender la realidad dotándola de sentido (percepción), en una *operación práctica* de anticipación casi corporal, y por otra dar una respuesta adaptada a la situación (acciones). Este ya es un nivel de somatización, digamos "interior" de los órdenes simbólicos. Estos "habitus" hay que ubicarlos en el ámbito de lo inconsciente y de lo que se viene hablando de lo imaginario⁴.

En el caso de la masculinidad hegemónica, expresada en las posiciones conversa y perversa, se habla de una estructura imaginaria socialmente dominante de tipo patriarcal, la cual define la manera como se interpreta y comprende las relaciones varón-mujer, varón-varón, mujer-mujer.

5. La construcción de nuevos imaginarios de la masculinidad

La construcción de nuevos imaginarios de la masculinidad es posible gracias a la energía creadora de lo imaginario que siempre buscará nuevas imágenes, fisuras, nuevos espacios, o anomias creadoras, para su proyección. Por otra parte, gracias a que la energía creadora de lo imaginario siempre va un paso más adelante con respecto al poder, a lo real, a lo establecido, debido en gran manera a que "es fuente inagotable de un dinamismo cultural difícilmente constreñible y dominable. Lo imaginario instituyente, en suma, siempre sobrepasa a lo instituido" (Carretero, 2005, p. 18). La nueva masculinidad sería fruto de

⁴ Por cuestión de espacio no abordamos este tema de interiorización y somatización de las estructuras simbólicas o imaginarias, para el tema ver mi libro *Otra masculinidad es posible* (Reyes, 2003).

este imaginario instituyente o estructurante, que sobrepasa a lo masculino real, estructurado o instituido. Para comprender bien este funcionamiento instituyente y estructurante es necesario resaltar algunas de las funciones propias de la imaginación/ lo imaginario.

a) Función de irrealidad y apertura

Se ha dicho que la imaginación es la manera como nos apropiamos de la realidad y concreto la manera como nos apropiarnos de nuestra condición y situación como varones. Se imagina la realidad, no para negarla sino al contrario, para *descubrir en ella aspectos profundos y novedosos, "escondidos" de la realidad*, que una racionalidad funcional o instrumental no ayuda a percibir. Pero de igual manera ayuda a *crear nuevas imágenes, nuevos objetos y nuevas maneras de deseárselos, sentirlos, percibirlos y expresarlos*. Lo que supone la recreación de los arquetipos asociados a la masculinidad desarrollando nuevas imágenes o destacando el lado luminoso de los mismos, es decir, aspectos que pueden ayudarnos a crecer como seres humanos.

El nuevo tiempo de la imaginación arranca con la certeza de que hay en ella una fuerza irrealizante.... Por esta función la imaginación puede ser la facultad de deformar las imágenes o bien, la facultad de librarnos de las imágenes primeras. En esta subversión propia de la imaginación, el hombre ya no coincide más con el mundo o consigo mismo... Así, irrealizándose, la imaginación agrega algo de sentido al dato y hace posible lo posible. Es decir, sin la misma función de irrealidad propia de la imaginación, la percepción opera mal. Sus objetos se empobrecen y le niegan el alma una dicha mayor (Jiménez, 1992, p. 6).

Para Carretero (2005, p. 4-5), lo imaginario, desde Durand, resulta de la tensión permanente existente entre la realidad en la que se desenvuelve la experiencia humana y el deseo por transfigurar y reencantar lo cotidiano a través del ensueño, la fantasía, lo *ficcional*, ensanchando, así, creativamente la vida individual y colectiva. Lo imaginario es la expresión creadora de aquella esencia más íntima de la vida que, "en su

capacidad de ir más allá de sí misma, de establecer sus límites para sobrepasarlos, de rebasarse a sí misma", genera *más-que-vida*. Esa capacidad para autotrascender que tiene la vida humana es lo que se comprende como la función de irrealidad.

La función de irrealidad, constitutiva del mismo acto de imaginar, es necesaria si se quiere comprender el mundo en toda su totalidad y profundizar, y transformarlo. Es el ansia universal y trascendental por superar la *facticidad* de lo real. Se parte entonces de una concepción de lo real como una realidad cargada de sentido. La imaginación ayuda a percibir los sentidos profundos que se escapan a la razón o a la multiplicidad de sentidos que no logran abarcar las diferentes perspectivas desde donde abordamos el mundo que nos rodea. Sin estos sentidos innegablemente se empobrecería la realidad.

La imaginación permite entonces moverse con mucha libertad en ese universo infinito de las significaciones. Esta es la posibilidad real de la creatividad.

La imaginación introduce la libertad de que no existe sino en el acto de ser imaginado. El sujeto que imagina se ausenta y hace emerger, en una espontaneidad creadora, vida nueva: nuevos objetos y nuevas formas de sentirlos. En ese poder de apertura e irrealidad, la imaginación parece fundar, en un modo que ella se basta a sí misma su capacidad de crear (Jiménez, 1992, p. 6).

Es por esto que "un ser privado de la función de lo irreal, es un ser neurótico como el hombre privado de la función de lo real" (Bachelard, 1980, p. 16)

La apertura de la imaginación no sería más que una aventura a lo totalmente nuevo. Lo real como correlato de la imaginación nos lleva a pensarla como una apertura que busca rescatar lo que ha sido ausentado o silenciado. Imaginar es una forma de recuperar muchos de los sentidos negados en la cultura occidental.

La imaginación desempeña una función de apertura. Niega la presencia de un mundo histórico explicable y trae por medio de una fuerza onírica, lo que está ausente y silencioso. Imaginar es entonces un modo de ausentarse y de lanzarse necesario para el bien del espíritu (Jiménez, 1992, p. 6).

Se puede a simple vista comprender esta función como una actitud de evasión o una aparente pérdida de sentido de la realidad. Sin embargo el proceso se revierte y la creación imaginaria nos prepara para una percepción más profunda de la realidad.

La función de "irrealidad" es, en últimas, la capacidad de la imaginación de trascender los estrechos márgenes de la percepción y de la realidad inmediata. Considerada así la imaginación es un canal de acceso a la libertad, una forma de contacto con la libertad última, en un mundo cada vez más cerrado y deteriorado. "Ella permite que el hombre avance más allá de la vida cotidiana, limitada y transitoria" (Fonseca, 1992, p. 93).

La construcción y la vivencia de una nueva masculinidad es posible en la medida en que "irrealicemos" lo real masculino y esa tarea sólo es probable si nos valemos de la imaginación creadora. Si queremos descubrir aspectos y significados profundos y novedosos con respecto a la manera de ser varón, o recuperar sentidos perdidos o negados a través de la historia, o si queremos tener una actitud y un sentimiento diferente más humanizado, o si queremos crear nuevas formas institucionales de lo real masculino, o si queremos romper con los moldes cotidianos que marcan la masculinidad e ir más allá, es necesario recuperar la imaginación con una fuerza creadora. Sólo *imaginando* como debería ser el varón, el ideal de varón que se quiere y cuya manera de ser y actuar (*ethos masculino*) se preste realmente para construir relaciones humanas y sociales más igualitarias y justas (en una sociedad realmente justa), se puede pensar en construir una masculinidad más humana y humanizadora.

Sólo en la medida, por ejemplo, en que nos imaginemos que antes (ontológicamente hablando) de ser varones se es un ser humano en igual de condiciones y dignidad que las mujeres y que por tanto no es posible sentirse ni superior ni inferior. Sólo en la medida en que se comience a imaginar al varón como un ser que por su condición humana puede ser tierno y expresar con toda libertad las emociones y que es precisamente esta libertad lo que lo constituye como varón. Sólo en la medida

en que imaginemos que el espacio de lo privado es o puede ser un espacio igualmente dignificante de la condición de varón.

b) *Función creadora*

La capacidad de apertura o de irrealidad de la imaginación es la posibilidad y la condición de real de crear, en este caso, nuevas maneras de ser varón. Esta constatación es la que nos lleva a profundizar en la función creadora de la imaginación. La imaginación es constitutiva y esencialmente creadora. Es en el acto mismo de crear donde ella se instituye. "La imaginación es creadora. Esto significa que en ella se da la ausencia de nexo casual que la explique. En cambio ello lo explica todo pues la imagen ha tocado las profundidades antes de conmover las superficies" (Jiménez, 1992, p. 7).

Esta función es posible debido a un doble carácter de la imagen: por una parte tiene una fuerza de negación. Y por otra, tiene una fuerza de innovación o afirmación. La acción imaginaria se erige entonces como protesta y como propuesta. En ella se inaugura un nuevo mundo de significado (propuesta) a partir de la negación (protesta) de las anteriores significaciones. La nueva significación surge entonces de las cenizas de las viejas significaciones.

Para Carretero (2005, p. 6), las utopías, nacidas de lo imaginario propiciarán una inestabilidad, una discontinuidad, en el orden social vigente. Esta sería la función, citando a Ledrut, *desequilibradora* de la imaginación. Mientras a la función de propuesta se podría llamar entonces como una función *equilibradora* de la imaginación.

Crear es subvertir viejas (anacrónicas, hegemónicas) significaciones instituidas y los órdenes simbólicos donde ellas se encarnan. Las subvierte en la medida en que las viejas significaciones se hacen injustas e irrelevantes. Esta fuerza de negación es la condición de posibilidad de nuevas maneras de comprender, sentir, desear y transformar las cosas reales y los imaginarios. Esto vale enteramente para las significaciones asociadas a la masculinidad.

El trabajo de construcción de nuevas maneras de lo masculino pasa entonces por una

deconstrucción de la masculinidad dominante y en particular, una deconstrucción de los órdenes simbólicos dicotómicos (basados en la dualidad importante/no importante), las imágenes arquetípicas, las estructuras simbólicas, las competencias culturalmente asociadas a la masculinidad y, por tanto, las predisposiciones somáticas. Este es un proceso difícil, doloroso y a largo plazo. Esta situación nos compromete, además, con la tarea de recrear desde lo más profundo nuestros universos simbólicos o imaginarios religiosos. No puede haber un cambio de paradigma si al mismo tiempo no hay una transformación de los imaginarios y órdenes simbólicos que lo fundamentan. Esto pasa necesariamente por una crítica a las estructuras sociales y simbólicas de tipo patriarcal y, en particular, a la teología que ha justificado por siglos esta situación. Lo que está en juego es una vida más digna tanto para los varones como para las mujeres (Reyes, 2003, p. 49).

La fuerza creadora de la imaginación tiene esa capacidad de innovar significaciones. Puede agregar sentido al dato dado. La imaginación puede entonces ser un instrumento muy valioso (pero poco valorada en el mundo intelectual) que en el caso que se está abordando, ayude a desconstruir y reconstruir las identidades masculinas.

Lo imaginario resulta ser, entonces, la función creadora del hombre, por la que le sujeto vuelve sobre sí mismo, para recrearse, para recrear la cultura. El orden de lo simbólico, superando la condición animal de la predestinación y haciéndose divino, cocreador, hombre hecho a imagen y semejanza de la divinidad creadora (Román, 1995, p. 145).

Hay entonces la necesidad y la posibilidad de reconstruir la realidad como los imaginarios que giran alrededor de la masculinidad. En su función de negación la imaginación nos puede ayudar a desconstruir las viejas e injustas imágenes y realidades construidas alrededor de la masculinidad instituida, hegemónica y dominante.

c) *Función eufemística*

Para Durand (1982, p. 127),

la función de la imaginación es ante todo una función de eufemización, aunque no es un mero opio negativo, máscara de la conciencia que oculta el rostro horrendo de la muerte, sino, por contrario, un dinamismo prospectivo que, que a través de todas las estructuras del proyecto imaginario, procura mejorar la situación del hombre en el mundo.

Esta función es la manera a través de la cual el ser humano, en su eterna predisposición imaginativa, se libera de los miedos que ha experimentado ante las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas sociales que no puede controlar. Es una forma de conjurar o conspirar contra alguien o algo que tiene poder. Es un acto de liberación.

La vivencia de una masculinidad dominante se puede comprender como una reacción compulsiva a ciertos miedos inherentes a su propia situación (creada por la misma dinámica histórica a través del tiempo). En este sentido, la imaginación puede ayudarnos a liberarnos de estos miedos. No en el sentido de negarlos como ha sucedido en una masculinidad dominante (con sus costos psicológicos y sociales), sino como un desafío a reconocer, asumir y enfrentar esos miedos de tal manera que nos ayude a crecer como seres humanos integrales y a crear relaciones humanas realmente sanas.

Es evidente que masculinidad dominante necesita de su validación homosocial, es decir de la aprobación de la hombría por parte de los demás varones y de las mujeres, esto genera una de las emociones más destacadas como es el miedo de verse como un afeminado frente a otros hombre. Lo que se denomina homofobia (Kimmel, 1997, p. 55-57).

Lo que llamamos masculinidad es a menudo una valla que nos protege de ser descubiertos como un fraude, es el esfuerzo frenético para mantener a raya aquellos miedos que están dentro de nosotros. La homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los *standards*, que no somos verdaderos hombres. Tenemos temor de otros hombres vean este miedo (Kimmel, 1997, p. 57).

Por otra parte los actos compulsivos de los arquetipos de la masculinidad son una reacción

contraria precisamente a los miedos que están en su origen. Temor a estar subordinado, a ser dominados, a ser pobre, a mendigar, a depender de la mujer, al vacío, a la soledad, a la ignorancia, a ser o sentirse débil, a sentir y expresar miedo, a sufrir, a ser derrotado, a perder, a ser humillado o avergonzado delante de otros hombres, al conflicto, a no ser amado, al sufrimiento, a ser considerado como afeminado, a la impotencia sexual, a tener un pene pequeño, a mostrar compasión o a expresar sentimientos, a no ser atractivo, a ser rechazado o a ser despreciado, a volvernos viejos, y miedo a morir. "Nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que mantiene al sistema" (Kimmel, 1997, p. 57). También son fuentes de nuestras angustias y depresiones, y las ansiedades de los varones es lo origina como compulsión violencia y agresividad.

La imaginación tiene precisamente, gracias a su función eufemizadora, la posibilidad de liberarse de los miedos (exorcizar los miedos) y ansiedades, de trascender la realidad, y por tanto mejorar la situación del ser humano en el mundo es hacer más agradable su vida, otorgándole sentido a la existencia humana. Esto vale específicamente para nosotros los varones. Esta función es la condición de posibilidad de toda esperanza y de la construcción de utopías, aún en las circunstancias donde la razón no vislumbra salidas. Sin esta función, la existencia se tornaría en una permanente pesadilla.

La imaginación es un factor general de equilibrio, una reacción defensiva de la naturaleza humana contra la representación de la inevitabilidad de la muerte (Durand, 1982, p. 96), de toda amenaza y toda situación de alienación.

La imaginación es una facultad que permite liberarnos de las imágenes arquetípicas y estereotipadas, por ejemplo, de los estereotipos de género o de los arquetipos dominantes de la masculinidad. Liberándonos de todo aquello que niegan la posibilidad de que tanto varones como mujeres podamos realizarnos personal y socialmente. La imaginación puede ayudar a restablecer una imagen más integral, humana y holística del ser humano, en nuestro caso de los varones. En este sentido, recuperar ciertas dimensiones negadas,

distorsionadas o reprimidas, como son aquellas dimensiones que culturalmente (no ontológicamente) son asignadas a las mujeres y a los niños, se convierten en una exigencia sin al cual no es posible construir un verdadero humanismo.

Frente al desorden y al caos social la imaginación se puede manifestar como un factor de equilibrio psico social. Para una cultura occidental, patriarcal y adultocéntrica, que ha negado el valor de la imaginación y el símbolo, considerados en el ámbito de lo nocturno, lo mítico, lo femenino y, por tanto, de lo inferior (del error, del caos, del miedo), la "aceptación" del conjunto de imaginarios provenientes de las culturas no occidentales, de las mujeres y de los niños, se convierte en la única manera de restablecer un equilibrio realmente ecuménico que abrace las relaciones con la naturaleza y con "otros" seres humanos. Es una forma de recuperar el carácter eufemizador y con él la posibilidad de reestablecer aquellos sentidos últimos que nos permitan sobrevivir como especie en un planeta amenazado. Pero para que sea posible debe haber una conversión, un cambio de las concepciones profundas sobre el ser humano y en particular sobre lo masculino, sobre el mismo cosmos y la misma trascendencia. Además, tener una actitud de apertura y diálogo con otras lógicas o imaginarios sociales hasta ahora subordinados y menospreciados.

Para concluir

La imaginación tiene además una función trascendental que es la que provoca finalmente la posibilidad de crear nuevos posibles, nuevas formas de ser y hacer que trasciendan lo real. Nuevas formas de comprender y vivir la masculinidad. En ese sentido, la imaginación nos puede ayudar a crear nuevas imágenes, en nuestro caso "varoniles", que reflejen una vida humana integrada (lo objetivo y subjetivo, la razón y las emociones, lo público y lo privado, la ley y la fe etc.), íntegra (basada en al vivencia de los valores) y plena donde todas las necesidades sean satisfechas, una vida sin muerte, donde no exista ningún tipo de dominación. La imaginación trascendental ofrece sentido pleno al cual se orienta la práctica concreta entre sujetos,

entre mujeres y varones, entre los mismos varones. Sin ella la lucha diaria por un mundo más humano no tendría sentido.

Ahora, la pregunta es como concretar la imaginación trascendental en la cotidianidad, ante la imposibilidad histórica de vivir el ideal que nos proponemos, y ante la necesidad de que el reconocimiento mutuo entre sujetos no se quede solamente en una relación subjetiva simple. El punto que media precisamente entre la vida real de los varones y las imágenes trascendentes o ideales es la necesidad de *la institucionalización de nueva masculinidad*. La institucionalización se debe dar en términos de subsidiaridad de estas con relación a los sujetos (Hinkelammert, 1990, p. 262) y no al contrario como sucede en las sociedades capitalistas.

La institucionalidad tiene sentido en cuanto está en función subsidiaria de que el sujeto pueda vivir en cuanto tal, en cuanto que está orientada hacia la satisfacción de las necesidades fundamentales (Hinkelammert, 1990, p. 263). Si se toma en serio este desafío, la institucionalidad, en el caso específico de los varones, debe estar orientada a satisfacer aquellas necesidades que los imaginarios simbólicos hegemónicos le han negado a los varones, especialmente en la parte emocional (el derecho a reconocer y expresar sus emociones, miedos, angustias, aceptar su vulnerabilidad, aprender y aceptar actitudes y comportamientos culturalmente asociados a lo femenino e infantil), a asumir como propio ciertos roles y responsabilidades asociados con lo privado (como el cuidado de los hijos o el quehacer de los oficios de la casa). Por tanto, debe estar orientada a la superación de las diferencias, las imágenes o estereotipos y las normas sociales. Consiste en alcanzar una nueva identidad masculina que permita a la persona crecer más integralmente como ser humano que es.

Pero indudablemente esta institucionalización tendría que tener también aspectos muy propios como varones, como la conformación de grupos de varones, participación en redes de organizaciones que se preocupan por el asunto de género, elaborar estudios y material sobre el tema, planificar temas de formación en esta área específica.

Esta institucionalización, en el caso de los varones, es posible si engloba, *conscientes de su condición e identidad de género*, todas las dimensiones en que se expresan sus relaciones con las mujeres y otros varones, en la iglesia, la familia, las asociaciones vecinales, los partidos políticos y la misma sociedad vista en su conjunto (incluidas la administración de la justicia, la vida política o la misma dinámica del mercado). Esto implica necesario un cambio en la lógica, principios y valores que han movido tradicionalmente estos espacios.

Esta condición de la imaginación de crear nuevas maneras de ser *masculino* es la que hace posible que en el día a día vayamos construyendo nuevas maneras de vivir la masculinidad que vayan haciendo posible ese ideal que creemos es la condición necesaria para construir nuevas relaciones sociales y los fundamentos para una nueva sociedad.

Referencias

- ABARCA, Humberto. Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad. Santiago de Chile: FLACSO. Disponible en: <<http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>>.
- BACHERLARD, Gastón. *El aire y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- _____. *El derecho de soñar*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- BOFF, Leonardo. Lo masculino en el horizonte del nuevo paradigma civilizacional. *Alternativas*. 16/17. Managüa: Lascasiana, n. 16/17, p. 203-214, 2000.
- BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina. En: *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*. Quito: ABYA YALA, 1998. p. 9-108.
- CAMPOS, Álvaro y SALAS, José Manuel. *Masculinidades en Centroamérica*. San José: Lara Segura Editores, 2002.
- CARRETERO, Ángel E. *Imaginario y utopías*. En: *Athena Digital*, 7, 40-60, 2005. p. 1-21. Disponible en <<http://antalya.uab.es/athenea/num7/carretero.pdf>>.
- CASTILLO ROJAS, Roberto. La imaginación creadora en el pensamiento de Gastón Bachelard. *Revista de Filosofía*, 67/68. San José: Universidad de Costa Rica, n. 67/68, p. 65-70, 1990.
- _____. La imaginación trascendental en Kant: hacia una estética del espacio. *Revista de Filosofía*. San José: Universidad de Costa Rica, n. 78/79, p. 189-194, 1990.

- CONNELL, R.W. *La organización social de la masculinidad*. En: *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional, 1997. p. 31-48.
- DE LA TORRE, Gonzalo. Las parábolas como expresión simbólica de liberación. *Ribla - Revista de Interpretación Bíblica Latino-Americana*. Quito: RECU, n. 9, p. 113-134, 1991.
- DURAND, Gilbert. *Las estructuras antropológicas del imaginario*. Madrid: Taurus, 1982.
- _____. *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorroutu Editores, 1971.
- FONSECA, Clotilde. S.T. Coleridge: el papel de la imaginación en el acto creador. *Revista de Filosofía*. San José: Universidad de Costa Rica, n. 71, p. 80-95, 1992.
- _____. La función estética y cognoscitiva de la imaginación en Samuel Taylor Coleridge. *Revista de Filosofía*. San José: Universidad de Costa Rica, n. 70, p. 155-163, 1991.
- HERNÁNDEZ Alfonso. La masculinidad ¿Poder o dolor? En: *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*. Quito: ABYA YALA, 1998. p. 109-118.
- HINKELAMMERT, Franz. *Crítica a la razón utópica*. San José: DEI, 1990.
- JIMÉNEZ M., Alexander. El lugar de la imaginación en el proyecto filosófico cartesiano. *Revista de Filosofía*. San José: Universidad de Costa Rica, n. 72, p. 159-164, 1992.
- _____. La vocación creadora del hombre. En: *Reflexión filosófica*. San José: Universidad de Costa Rica, 1992. p. 41-58.
- _____. Sobre la constitución y los alcances de la imaginación creadora en Bachelard. *Revista Comunicación*. Cartago, Costa Rica: Instituto Tecnológico de Costa Rica, a. 15, v. 6, p. 5-9, 1992.
- _____. El desorden del discurso: imaginario y filosofía costarricense. Revisión de un siglo - 1987-1997. San José: Museo de Arte Costarricense, 1998.
- _____. *Lo imaginario radical en Castoriadis*. Material inédito. s.e., s.f.
- KAUFMAN, Michael. Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En: *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional, 1997. p. 63-81.
- _____. *Las siete P's de la violencia de los hombres*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1999. Disponible en: <<http://www.inicia.es/de/cgarciam/abarea.html>>.
- _____. Masculinidad dominante, armadura que paraliza. En: *Letra S*, 2000. <<http://www.jornada.unam.mx/2000/04/06/ls-kaufman.html>>.
- KIMMEL, Michael. Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional, 1997. p. 49-62.
- _____. La masculinidad y la reticencia al cambio. En: *Letra S*, 9 abr. 1999. <http://www.euowrc.org/06.contributions/3.contrib_es/12.contrib_es.htm>.
- MADRIGAL, Larry José. *Desacralizar la violencia: buscando estrategias para superar la violencia de género desde procesos de cambio en El Salvador*.
- MONTESINOS, Rafael. Cambio cultural y crisis en la identidad masculina. En: *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*. Quito: ABYA YALA, 1998. p. 119-143.
- MYERS, Ched. *O evangelho de São Marcos*. São Paulo: Paulus, 1992.
- PARRINI, Rodrigo. *Apuntes acerca de los estudios de masculinidad: de la hegemonía a la pluralidad*. Santiago de Chile: FLACSO. Disponible en: <<http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>>.
- REYES, Francisco. *Imaginación y exégesis: a propósito de una relectura de la carta a Filemón desde lo infantil*. En: *RIBLA*, 28. Quito: RECU, 1997, pp. 53-65.
- _____. *Otra masculinidad es posible: un acercamiento bíblico-teológico*. Quaestiones, 5. Bogotá: Dimensión educativa, 2003.
- _____. El papel de la imaginación y del imaginario en la elaboración, transmisión e interpretación de los textos bíblicos a partir de los llamados relatos de la infancia (Mt 1,18-2,23). San José: Seminario de investigadores invitados DEI, 1998. Material inédito.
- RINCON, Germán. Los hombres lloran: masculinidad tonta, superficial y suicida. *Utopías*. Bogotá, n. 80, p. 2-6, 2000.
- ROMAN, Pedro José. Lo imaginario como umbral epistemológico. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*. Bogotá: USTA, n. 62/63, p. 133-150, 1995.
- RUBIO, Jaime. *El trabajo del símbolo*. Aportes, 37. Bogotá: Dimensión Educativa, 1993. p. 39-47.
- SALAS, J.M. y CAMPOS, A. *Los hombres y su vivencia cotidiana de la sexualidad*. Instituto Costarricense de Masculinidad, Pareja y Sexualidad: Disponible en: <<http://usuarios.lycos.es/politicaset/articulos/vivensexua.htm>>.
- SARTRE, Jean Paul. *Lo imaginario: psicología y fenomenología de la imaginación*. Buenos Aires: Losada, 1964.
- SLOAN, Tod y REYES, Rubén. *La desconstrucción de la masculinidad*. Santiago de Chile: FLACSO. Disponible en: <<http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>>.
- VÁSQUES, Oscar. *Género hegemónico y cultura: el modelo de masculinidad en la cultura popular*. Red de Masculinidad. Santiago de Chile: FLACSO, [s. f.].
- VICENT MARQUÉS, Josep. Varón y patriarcado. En: *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional, 1997. p. 17-30.
- ZAMORA, Álvaro. *Lo imaginario en lo real*. *Revista de Filosofía*. 74. San José: Universidad de Costa Rica, n. 74, p. 29-34, 1993.